

Conviviendo con Héroes

SAÚL

Anatomía de un fracaso



Lorraine Peterson

Traducido por:
Victor Pérez, Isabel Tenorio,
Raquel Velasco y Libna Arenas

SAÚL

ANATOMÍA DE UN FRACASO

Lorena Peterson

Traducido por:
Víctor Pérez
Isabel Tenorio
Raquel Velasco
Libna Arenas

Referencia Bíblica

Nueva Versión Internacional de la Biblia

Portada:

Diseño: Michael Minnema

**Imágenes: Usadas con permiso de Sweet Publishing y
FreeBibleimages.org**

INTRODUCIENDO A SAÚL

¿Te has imaginado como sería una fiesta para todos los de tu generación de preparatoria después de quince años de no verse? ¿Puedes imaginar como tú y tus amigos se verían? No te sorprendas si alguno del grupo, de los más populares en la escuela, típico candidato para ser exitoso, terminó siendo problemático. No hay garantía en contra de una vida desastrosa.

¿Cómo destruye la gente sus vidas? ¿Cómo puedes evitar que te suceda a ti? Jimmy Carter sabía el secreto de prevención: aprender de los errores de otros. Cuando él se postuló como presidente de los Estados Unidos, leyó las biografías de todos los presidentes anteriores porque no quería cometer los errores que ellos habían hecho. Tú puedes hacer lo mismo al estudiar la vida de Saúl.

En el siglo XI A.C. un hombre hebreo, joven, alto y bien parecido; salió desde su casa a buscar los burros de su padre; él no tenía idea de que antes de regresar, sería ungido como rey de Israel. (Era costumbre verter aceite sobre la cabeza del que había sido elegido rey). Su nombre era Saúl y mientras él buscaba a los animales, se encontró con el profeta Samuel, quien le dio el trato real del aceite.

Pronto, Samuel llamó a todos los israelitas en Mizpa para presentar a Saúl como rey. Cuando llamó al nuevo rey a presentarse, Saúl no se apareció. Así que los hombres fueron a buscarlo, estaba escondido entre el equipaje. Después de ser proclamado rey públicamente, se regresó a su casa. Pero cuando una de las ciudades de Israel fue amenazada con invasión, él reunió al ejército y salvó la ciudad.

IMPETUOSO E IMPACIENTE

Saúl cometió su primer gran error cuando él se presentó en un lugar estrecho luchando contra el enemigo número uno de Israel, los filisteos. Samuel, el profeta de Dios, sabía que la gente necesitaba instrucciones de Dios si querían ganar la batalla. Así que cuando los filisteos vinieron con su enorme ejército para pelear en contra de Israel, Samuel le dijo a Saúl que esperara. Saúl y su ejército fueron a acampar a Guilgal por siete días mientras Samuel iba a hacer el sacrificio a Dios y a bendecir al ejército. Desafortunadamente, Samuel no regresó de inmediato y los soldados empezaron a desertar por grupos. De hecho, solo se quedaron seiscientos hombres. En desesperación, Saúl terminó ofreciendo el sacrificio personalmente, por lo tanto desobedeció la ley de Moisés. (Sólo los sacerdotes, como Samuel, estaban autorizados para sacrificar.) Justo cuando Saúl estaba terminando la ceremonia, apareció Samuel. Él reprochó a Saúl, diciendo: “¡Eres un necio! No has cumplido el mandato que te dio el Señor tu Dios.” (1^o Samuel 13: 13).

Saúl pronto hizo su segundo error al dar una orden apresurada que casi lo forzó a ejecutar a Jonatán, su propio hijo. Jonatán, un hombre de gran fe y su escudero atacaron audazmente a un grupo de filisteos y les provocaron gran desorden. Cuando el resto del ejército israelita (incluidos los desertores) escuchó que los filisteos estaban huyendo,

regresaron a unirse a la búsqueda. Saúl, bajo amenaza de muerte, rápidamente les ordenó a sus soldados a no comer nada hasta anochecer. El heroico Jonatán, sin embargo no escuchó la orden; así que cuando encontró miel silvestre, se la comió. Cuando Saúl supo de esto, decidió que Jonatán debía morir. Él prefirió matar a su hijo Jonatán a admitir que él estaba equivocado y retractar su orden. Aunque Jonatán estaba dispuesto a morir, la gente argumentó que matar al héroe de la guerra no era justo, ya que ni siquiera se había escuchado la orden.

EL CAMINO HACIA UN CORAZÓN DURO.

Saúl se hundió en pecado y rebelión porque nunca se arrepintió. A través de Samuel, Dios le ordenó a Saúl que destruyera completamente a los amalecitas, incluyendo todo lo que poseían. (Como puedes leer en el libro de acerca de Josué, este grupo era tan corrupto que ponía en peligro a muchos otros, Dios decidió que ese grupo fuera destruido para salvar a Su propio pueblo.) En lugar de obedecer, Saúl y sus soldados le perdonaron la vida al rey Agag y a los mejores animales, y después Saúl fue para levantar un monumento en su propio honor por haber ganado la batalla. En el camino se encontró con Samuel. Saúl mintió, diciendo que había hecho todo lo que Dios le había ordenado. El corazón de Saúl estaba tan duro que ya no tenía conciencia.

Los viejos enemigos de los israelitas, los filisteos, vinieron a pelear otra vez. Su ejército se quedó en la montaña enfrentando al ejército israelita sobre la montaña esperando a que la batalla empezara. De pronto, un gigante, de casi tres metros de alto, con arrogancia se fue hacia el valle a retar a cualquier israelita a duelo. El duelo decidiría el resultado de la batalla. Los israelitas estaban aterrorizados.

En esta escena, aparece David, probablemente el único adolescente que estaba presente, viniendo a ver cómo estaban sus hermanos en el ejército. Él se impactó que se le permitiera a Goliat deshonrar a Dios y a Su ejército. Así que David se ofrece de voluntario para pelear contra el gigante. Seguro de que Dios honraría su fe y su fervor, David le lanza una piedra en la frente a Goliat, y después procede a decapitar el cadáver de casi tres metros.

Para el disgusto de Saúl, David se convirtió instantáneamente en el héroe nacional, era objeto de canciones de las mujeres que elevaban a David sobre Saúl. Saúl se volvió loco (literalmente) con los celos. En los años restantes de su vida, pasó mucho tiempo con su ejército persiguiendo a David tratando de matarlo.

Saúl terminó su vida en derrota, lejos de Dios. Mientras que luchaba contra los filisteos, fue herido por un arquero; y temiendo ser torturado por sus enemigos, le pidió a su escudero que lo matara. El hombre se rehusó. Así que Saúl en desesperación, se dejó caer contra su espada, cometiendo suicidio.

Tú no tienes que cometer los errores de Saúl. No tienes que desobedecer la Palabra de Dios, aunque estés en una posición muy apretada. No tienes que hacer declaraciones apresuradas. Tú puedes admitir cuando estés equivocado y arrepentirte completamente. Tú puedes obedecer a Dios en todo y evitar el orgullo y los celos a todo lugar. Tú puedes estar más cerca de Dios al final de tu vida de lo que estás ahora. Deja que Saúl sea un recordatorio para ti y no sigas sus pasos.

EL RETRATO DE DOS HOMBRES

EL SAUL DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Su inicio: “Había un hombre de la tribu de Benjamín, muy respetado, cuyo nombre era Quis... tenía un hijo llamado Saúl, que era buen mozo y apuesto como ningún otro israelita, tan alto que los demás apenas le llegaban al hombro”. (1º Samuel 9:1-2).

Su fin: “Me he portado como un necio... de modo que Saúl mismo tomó su espada y se dejó caer sobre ella”. (1º Samuel 26:21; 31:4).

EL SAULO DEL NUEVO TESTAMENTO

Su inicio: “Mientras tanto, Saulo, respirando aún amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas de extradición para las sinagogas de Damasco. Tenía la intención de encontrar y llevarse presos a Jerusalén a todos los que pertenecieran al Camino, fueran hombres o mujeres”. (Hechos 9: 1-2).

Su fin: “He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, me he mantenido en la fe”. (2ª Timoteo 4:7).

Acabas de leer cómo dos hombres, Saúl y Pablo, empezaron y terminaron sus vidas. El Rey Saúl del Antiguo Testamento era un increíble joven que aparentemente iba a lograr un gran éxito. Cerca del fin de su vida, sin embargo, admitió ante el hombre que él consideró su enemigo, David: “he actuado como un tonto...” No mucho después de eso, se suicidó. El Saulo del Nuevo Testamento, debido a la costumbre hebrea, se cambió su nombre a Pablo, alcanzando la experiencia más grande de su vida. Saulo empezó su vida planeando amenazas y asesinatos en contra de los discípulos del Señor, determinado a aniquilar el cristianismo. Pero Jesús se encontró con él y la vida de Saulo cambió drásticamente, se convirtió en un cristiano. Cerca del final de sus años que había pasado predicando el evangelio de Jesús, Pablo dijo con satisfacción: “He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe.” (2ª Timoteo 4:7). ¿Qué fue lo que hizo la diferencia? Tú necesitas saberlo.

Seguramente tú tienes grandes sueños y aspiraciones. Quieres seguir a Dios y vivir una vida buena. La vida de Saúl y Pablo muestran que el resultado de tu vida dependerá de cada oportunidad de tomar decisiones en favor o en contra de Dios a lo largo del camino. Una vez que se hizo cristiano, Pablo eligió a Dios cada vez, y su vida terminó en triunfo. En contraste, Saúl repentinamente despreció los pasos indicados por Dios, y su vida terminó en tragedia.

Tú enfrentarás muchas tentaciones que tratarán a desviarte del camino de Dios. Serás tentado a trabajar muchas horas para comprar cosas que realmente no necesitas, tentado a hacer compromisos que no has consultado con Dios; tentado a desperdiciar tu vida en perseguir logros que no son importantes. Walter Hendricksen, advirtiendo de esas tentaciones, escribe en *Muchos Aspiran, Pocos Procuran*: “Te puedes salir de la batalla de

la fe y rendir tu vida inefectiva para el Reino de Dios de muchas maneras. Tú puedes firmar tratados de paz con Satanás y dejarlo que se vaya por su lado y tú por el tuyo." No caigas en esas tentaciones.

Decide no ser tibio, dividiendo tus intereses entre Dios y las cosas del mundo. Decide que tu corazón le pertenece a Dios, que odiarás el pecado y que amarás la Palabra de Dios. Confía en Él y disponte a admitir cuando te equivoques.

Tal vida será demandante, nunca podrás sentarte y relajarte. Es fácil hacer lo que es tonto y hacer tu vida un desastre, pero seguir a Dios y hacer que tu vida cuente para Él, requiere de peleas y muchas batallas. El apóstol Pablo las llama peleas de fe. Pero algún día tú, como Pablo, voltearás para atrás y evaluarás tu vida. ¿Serás un Saúl o un Pablo?

"Algunos son como lo sembrado junto al camino, donde se siembra la palabra. Tan pronto como la oyen, viene Satanás y les quita la palabra sembrada en ellos. Otros son como lo sembrado en terreno pedregoso: cuando oyen la palabra, en seguida la reciben con alegría, pero como no tienen raíz, duran poco tiempo. Cuando surgen problemas o persecución a causa de la palabra, en seguida se apartan de ella. Otros son como lo sembrado entre espinos: oyen la palabra, pero las preocupaciones de esta vida, el engaño de las riquezas y muchos otros malos deseos entran hasta ahogar la palabra, de modo que ésta no llega a dar fruto. Pero otros son como lo sembrado en buen terreno: oyen la palabra, la aceptan y producen una cosecha que rinde el treinta, el sesenta y hasta el ciento por uno." (Marcos 4: 15-20)

1. Lo que hagas con la verdad de Dios a través de tu vida, determinará en lo que te convertirás. ¿Qué cosas pueden tomar más importancia en tu vida que Dios?
2. En el pasaje anterior, ¿qué hace la diferencia en el tipo de fruto producido?
3. ¿Cuál será la prioridad más importante en tu vida?
4. ¿Qué puedes empezar a hacer hoy para asegurar ser un Pablo y no un Saúl?

OLVIDANDO PERDONAR Y LAS FANTASÍAS DE VENGANZA

“También Saúl se fue a su casa en Guibeá, acompañado por un grupo de hombres leales, a quienes el SEÑOR les había movido el corazón. Pero algunos insolentes protestaron: « ¿Y éste es el que nos va a salvar?» Y fue tanto su desprecio por Saúl, que ni le ofrecieron regalos. Saúl, por su parte, no les hizo caso”. (1º Samuel 10: 26-27).

“El pueblo le dijo entonces a Samuel: — ¿Quiénes son los que no querían que Saúl reinara sobre nosotros? Entréguenlos, que vamos a matarlos. — ¡Nadie va a morir hoy! — intervino Saúl—. En este día el SEÑOR ha librado a Israel”. (1º Samuel 11: 12-13).

“Cuando Saúl regresó de perseguir a los filisteos, le informaron que David estaba en el desierto de Engadi. Entonces Saúl tomó consigo tres batallones de hombres escogidos de todo Israel, y se fue por los Peñascos de las Cabras, en busca de David y de sus hombres”. (1º Samuel 24: 1-2).

Cuando Saúl se convirtió en rey era compasivo, listo para perdonar a la gente que lo despreciaba y que se rehusaba a honrarlo como rey. Cuando los hombres cuestionaron su habilidad de dirigirlos, se mantuvo en silencio. Aún cuando alguien parecía estar listo para rebelarse contra él, los perdonó. Después de su primera victoria militar, en lugar de matar a aquellos que no querían que él fuera rey, Saúl le dio a Dios el crédito por esa victoria celestial. “¡Nadie va a morir hoy! —intervino Saúl—. En este día el SEÑOR ha librado a Israel” (1º Samuel 11: 13).

La gente de Israel respondió entusiastamente, apreciando el sentido de seguridad que el rey les daba. Después de que Saúl había perdonado a sus enemigos. “Todos se fueron a Guilgal, y allí, ante el Señor, confirmaron a Saúl como rey. También allí, ante el Señor ofrecieron sacrificios de comunión, y Saúl y todos los israelitas celebraron la ocasión con gran alegría”. (1º Samuel 11:15). Saúl empezó su régimen con amabilidad, dispuesto a pasar por alto los pecados de otros.

La experiencia de Saúl y las enseñanzas de Jesús nos muestran que un espíritu de perdón, no es sólo un bonito adorno, una opción adicional para tu personalidad; es absolutamente necesario. Jesús nos advirtió: “Porque si perdonan a otros sus ofensas, también los perdonará a ustedes su Padre celestial. Pero si no perdonan a otros sus ofensas, tampoco su Padre les perdonará a ustedes las suyas”. (Mateo 6: 14-15).

Cuando el discípulo Pedro escuchó que Jesús dijo eso, él probablemente pensó que habría un cierto límite que Dios podía esperar de una persona. Después él le preguntó, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano que peca contra mí? ¿Hasta siete veces? —No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta y siete veces —le contestó Jesús—. (Mateo 18:21-22). Dios espera que perdones a la gente una y otra vez, ya sea que te agrade o no, y no importa qué tan injustos ellos hayan sido. ¿Imposible? Sí, a menos que estés conectado con el poder de Dios.

Después de algún tiempo, Saúl se cansó de perdonar a la gente, una tentación que golpea a casi todos. Su vida como rey de Israel, claro, no era un trabajo fácil. Los ancestros de los israelitas habían murmurado en contra de Moisés, y sus padres y abuelos no habían

guardado las leyes que Dios le había dado a Moisés. Por lo tanto, parecía razonable que una vez que los súbditos de Saúl empezaron a quejarse, se mantuvieron haciéndolo. Saúl finalmente se hartó. Decidió dejar de tolerar las protestas, y dejó de perdonar.

Cuando una persona peca deliberadamente, como lo hizo Saúl, le abre la puerta al diablo para que llene su mente de mentiras. Muy pronto, Saúl no sólo estaba negándose a perdonar a la gente que lo había ofendido, pero estaba imaginándose que todos estaban en contra de él. Eventualmente, plagado de fantasías, Saúl no fue capaz de pensar racionalmente. Él aún se volvió en contra de David quien le había mostrado siempre lealtad y fue a perseguir a David con un ejército de tres mil hombres.

Lo que le pasó a Saúl te puede pasar a ti. Tú no estás hecho de un material diferente. Si tú neciamente te niegas a perdonar, te harás muy vulnerable. Las pequeñas cosas se convertirán en montañas y muy pronto te imaginarás que nadie te está tratando justamente. Les harás demandas irracionales a otros y exagerarás tu propio sentir de importancia. En un corto tiempo, estarás en contra de todos, y todos estarán en contra tuya.

Debes examinar tu corazón. Si tú, como Saúl te has negado a perdonar, hay que recibir el amor de Dios para amar a tus enemigos. Determina ahora que siempre perdonarás a todos, sin importar lo que hagan.

“El que perdona la ofensa cultiva el amor; el que insiste en la ofensa divide a los amigos”. (Proverbios 17: 9).

“Sobre todo, ámense los unos a los otros profundamente, porque el amor cubre multitud de pecados. Practiquen la hospitalidad entre ustedes sin quejarse”. (1ª Pedro 4:8-9).

“De modo que se toleren unos a otros y se perdonen si alguno tiene queja contra otro. Así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes.” (Colosenses 3:13).

1. Si te niegas a perdonar a alguien, ¿por qué estarías yendo en contra de la Biblia?
2. ¿Qué actitud de tu parte puede cubrir las fallas y pecados de otros?
3. ¿Qué significa perdonar a otros como Dios me ha perdonado?
4. ¿Hay alguien a quien no quieres perdonar? Háblalo con Dios ahora y descubre qué puedes hacer para arreglar este problema.

¡SIN EXCEPCIONES POR FAVOR!

“Saúl se había quedado en Guilgal, y todo el ejército que lo acompañaba temblaba de miedo. Allí estuvo esperando siete días, según el plazo indicado por Samuel, pero éste no llegaba. Como los soldados comenzaban a desbandarse, Saúl ordenó: «Tráiganme el holocausto y los sacrificios de comunión»; y él mismo ofreció el holocausto. En el momento en que Saúl terminaba de celebrar el sacrificio, llegó Samuel. Saúl salió a recibirlo, y lo saludó. Pero Samuel le reclamó:

— ¿Qué has hecho? Y Saúl le respondió: —Pues como vi que la gente se desbandaba, que tú no llegabas en el plazo indicado, y que los filisteos se habían juntado en Micmás, pensé: “Los filisteos ya están por atacarme en Guilgal, y ni siquiera he implorado la ayuda del Señor.” Por eso me atreví a ofrecer el holocausto. — ¡Eres un necio! —Le replicó Samuel—. No has cumplido el mandato que te dio el Señor tu Dios. El Señor habría establecido tu reino sobre Israel para siempre, pero ahora te digo que tu reino no permanecerá. El Señor ya está buscando un hombre más de su agrado, pues tú no has cumplido su mandato”. (1º Samuel 13:7-14).

Saúl estaba en una posición muy difícil. Los filisteos, con sus caballos y carrozas, habían venido a atacar a los israelitas quienes ni siquiera tenían espadas para sus soldados. (Los filisteos que sabían cómo fundir el hierro, se habían negado a vender sus armas o sus secretos de manufactura a los israelitas.) De acuerdo a la Biblia, los filisteos vinieron con tres mil carros, seis mil en caballería, y los soldados a pie eran como “la arena de la playa”. (1º Samuel 13:5). El temor dominaba a los israelitas, del rey Saúl, y los soldados empezaron a desertar. Pero Saúl no podía hacer nada hasta que el profeta Samuel llegara.

Samuel había instruido a Saúl esperar por siete días; en ese tiempo él vendría a ofrecer sacrificio al Señor. Dios entonces revelaría su estrategia y daría Su bendición. Bueno, Samuel no había llegado y era el séptimo día. Saúl sabía que sus hombres dudarían pelear sin sacrificar a Dios primero. Sus soldados se estaban yendo y Saúl se estaba desesperando en lugar de esperar hasta el fin del séptimo día. Saúl ofreció el sacrificio él mismo, por lo tanto, desobedeció las órdenes del profeta de Dios y el mandato bíblico que establecía que sólo los sacerdotes podían hacer sacrificios especiales, (Números 16:40). Este fue el primer gran error de Saúl.

Cuando te metas en un problema, cuando la presión es insoportable, tu relación con Dios sale a la superficie. Cuando vas reprobando en matemáticas y ahora todo depende del examen final y tienes la perfecta oportunidad de copiar, la decisión que tomes, revelará tu compromiso de obedecer a Dios. Si dejas que el seguro de tu carro se expire porque has perdido tu trabajo, y golpeas un carro en el estacionamiento en la noche, lo que hagas, revelará cuanto amas a Dios.

Cuando has prometido pagarle a tu amigo por el celular que le compraste y después descubres que te hizo una mala jugada, lo que hagas mostrará qué lugar tiene Dios en tu vida. No importa que tan espiritual aparentes ser, cualquier hipocresía eventualmente se descubrirá, como lo fue con Saúl.

El problema principal de Saúl era la incredulidad. No creyó que el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, con o sin ejército, podía vencer a los filisteos. Saúl pensó que la era de los milagros había pasado. Se sintió forzado a tomar las riendas porque decidió que podía saber mejor que Dios. La falta de fe verdadera de Saúl fue su primer paso hacia su caída.

El mismo principio aplica para ti. Si tú no determinas obedecer a Dios siempre y confiar en Él sin importar que todo parezca no tener esperanza; pronto cada problema se convertirá en “una excepción,” y será otra oportunidad en la que elijas desobedecer y empezarás tu caída.

Ninguno de Sus mandamientos es imposible de llevar a cabo *si el Espíritu Santo vive en ti*, porque Dios te hizo. Pero debes tirar la mentalidad de hacer excusas para esas “excepciones.” Tu vida no se arruinará si reprobas el examen final de matemáticas; Dios es más importante que tus calificaciones. No te irás a la bancarrota y morirás de hambre si eres honesto y mantienes tus promesas, sin importar qué.

Dios dice: “Obedézcanme. Así yo seré su Dios, y ustedes serán mi pueblo. Condúzcanse conforme a todo lo que yo les ordene, a fin de que les vaya bien.” (Jeremías 7:23).

“Dichosos los que van por caminos perfectos, los que andan conforme a la ley del Señor. Dichosos los que guardan sus estatutos y de todo corazón lo buscan. Jamás hacen nada malo, sino que siguen los caminos de Dios.” (Salmos 119: 1-3).

“Enséñame, Señor, a seguir tus decretos, y los cumpliré hasta el fin. Dame entendimiento para seguir tu ley, y la cumpliré de todo corazón. Dirígeme por la senda de tus mandamientos, porque en ella encuentro mi solaz.” (Salmos 119: 33-35).

1. La mejor forma de evitar pecar como Saúl lo hizo, es desarrollar la actitud correcta hacia la Palabra de Dios. Enlista las actitudes mencionadas en los pasajes anteriores.
2. ¿Te deleitas en los mandamientos de Dios?
3. Si hay algún mandamiento con el que estás peleando, pídele a Dios que cambie tu corazón. Entonces medita en Su Palabra hasta que te deleites en eso con lo que has peleado.
4. No te puedes deleitar en los Mandamientos de Dios al menos que te des cuenta que Él es todopoderoso y saber que eso es lo mejor para la gente que Él creó. Piensa en la fidelidad de Dios y Su poder y aprende a deleitarte en Sus Mandamientos.

TAREAS DE CINCO HOJAS, AVIONCITOS DE PAPEL Y TRES SIMPLES PALABRAS

“Y los israelitas que se habían escondido en los montes de Efraín, al oír que los filisteos huían, se unieron a la batalla para perseguirlos... Los israelitas desfallecían de hambre, pues Saúl había puesto al ejército bajo este juramento: ¡Maldito el que coma algo antes del anochecer, antes de que pueda vengarme de mis enemigos! Así que aquel día ninguno de los soldados había probado bocado... Sin embargo, Jonatán, que no había oído a su padre poner al ejército bajo juramento, alargó la vara que llevaba en la mano, hundió la punta en un panal de miel, y se la llevó a la boca. En seguida se le iluminó el rostro... así que Saúl le dijo: Cuéntame lo que has hecho. Es verdad que probé un poco de miel con la punta de mi vara — respondió Jonatán—. ¿Y por eso tengo que morir? Jonatán, si tú no mueres, ¡que Dios me castigue sin piedad! —exclamó Saúl. Los soldados le replicaron - ¡Cómo va a morir Jonatán, siendo que le ha dado esta gran victoria a Israel! ¡Jamás! Tan cierto como que el SEÑOR vive, que ni un pelo de su cabeza caerá al suelo, pues con la ayuda de Dios hizo esta proeza”. (1º Samuel 14: 22, 24, 27, 43-45).

Probablemente tú te has encontrado con la misma escena en un salón de clases: la disciplina es fatal, así que el maestro exasperado grita: “si alguien más tira otro avioncito de papel, toda la clase tendrá una tarea de cinco hojas y el culpable será suspendido”. Pronto después de la advertencia, Beto, con un permiso de la oficina del director, entra en el salón y se esconde a su asiento. El maestro no se da cuenta que ha entrado. Beto, sin pensar, empieza a construir un avión de papel y prueba que tan bien vuela su creación, pero lo atrapa el maestro en el aire. Inmediatamente escribe la tarea de cinco páginas en el pizarrón y se prepara para llevar a Beto a la oficina del director. De pronto, los alumnos empiezan a comportarse como en la escena entre el rey Saúl y sus soldados, y desesperados empiezan a protestar por el castigo injusto.

Es fácil salir de una clase así, quejándose de que el maestro habla sin parar, es injusto, hace amenazas sin pensar y neciamente se rehúsa a admitir sus errores. Sin embargo, estas características existen en la mayoría de la gente y tal vez en ti. Son los frutos del orgullo, un destructor sutil.

El orgullo inicia con cosas pequeñas. Puedes jactarte fácilmente de tus buenas calificaciones, tu éxito atlético o tu popularidad. Después, sin pensarlo, puedes aparentar que sabes todo acerca de cómo mejorar el gobierno o cómo resolver el problema en tu grupo de jóvenes. Pronto, te encuentras defendiendo las más ridículas declaraciones, solo para proteger tu orgullo.

Si has enseñado en la escuela dominical, o cuidado a los niños de los vecinos o entrenado niños en un deporte, tú sabes que una vez que estás en una posición de autoridad, la tentación de hacer declaraciones sin pensar bien o dar órdenes impetuosas, se incrementa ampliamente. Una vez que dices algo mal enfrente del grupo, toma mucho valor para admitir que te equivocaste y retractarte. Algunas veces, tu necedad puede hacer la situación aún peor. Obviamente, tener más cuidado, evitará el problema desde el inicio.

La necedad que nunca dice: “Lo siento, estaba mal”. “Estaba equivocado y me quiero disculpar”. No, sólo causa tremendos problemas. Primero sellan tu caída: “Quien encubre su pecado jamás prospera; quien lo confiesa y lo deja, halla perdón” (Proverbios 28: 13). Segundo, hace que la gente pierda el respeto hacia ti y por tu palabra. Tercero, causa mucho dolor en el corazón de los que están cerca de ti. No es fácil vivir en la misma familia con alguien que nunca dice “es mi culpa”. No es fácil ser amigo de Don “siempre tengo la razón”.

Un gran factor en el camino al fracaso de Saúl, fue la necedad. Se negó a tragarse su orgullo y admitir que su mandato de no comer durante la batalla, fue una decisión insensata. Él empezó a perder la bendición de Dios.

No seas como Saúl. Ora como el salmista: “Señor, ponme en la boca un centinela; un guardia a la puerta de mis labios”. (Salmos 141:3). Cuando rápidamente digas cosas tontas, corrige tus declaraciones, revisando cada falsa observación. Tres simples palabras: “Yo estaba mal” puede hacer maravillas en tu vida espiritual.

“Por eso, confiésense unos a otros sus pecados, y oren unos por otros, para que sean sanados. La oración del justo es poderosa y eficaz”. (Santiago 5: 16).

“Pero si vivimos en la luz, así como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesucristo nos limpia de todo pecado.” (1ª Juan 1:7).

“Por lo tanto, si estás presentando tu ofrenda en el altar y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí delante del altar. Ve primero y reconcíliate con tu hermano; luego vuelve y presenta tu ofrenda.”(Mateo 5: 23-24).

“Les ruego que vivan de una manera digna del llamamiento que has recibido,” “siempre humildes y amables, pacientes, tolerantes unos con otros en amor. Esfuércense por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz. Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como también fueron llamados a una sola esperanza.” (Efesios 4: 1-3).

1. Si tú dijiste o le hiciste algo indebido a alguien, ¿qué te ordena Dios hacer?
2. Si tú caminas con Jesús “en la luz,” dejando que la luz exponga tus defectos, ¿cuál es la promesa de Dios para ti? ¿Qué pasa si tú te niegas a aceptar que estás mal?
3. Haz una lista de todas las cosas que según la Biblia debes hacer para llevarte bien con la gente.
4. ¿Hay alguien a quien debes pedirle perdón? Hazlo de inmediato.

EL GRAN OBSTÁCULO DE TU ÉXITO ESPIRITUAL

“Por la mañana, muy temprano, se levantó y fue a encontrarse con Saúl, pero le dijeron: Saúl se fue a Carmel, y allí se erigió un monumento. Luego dio una vuelta y continuó hacia Guilgal.” (1º Samuel 15: 12).

Seguramente, tú no disfrutas escuchar la jactancia; y te fastidia la hipocresía. Te gustaría evitar a ambas, pero definitivamente notaste al muchacho que siempre dice: “yo soy el mejor” o la joven que parece llevar una etiqueta que dice: “tienes suerte de tenerme contigo.” Evitas a cualquier precio tomar la clase del maestro “hazlo como te digo, no como lo hago.” Tú ignoras al orador que se exhibe como el prototipo de virtudes, pero muy dentro de ti, tienes orgullo propio.

Es un problema típico del humano. Odias el orgullo en otros, pero sientes que está bien en ti mismo. Te mofas de los monumentos que otros levantan en su honor, pero levantas el tuyo y esperas que los otros lo admiren. Tú mencionas que “el orgullo precede a la destrucción” (Proverbios 16:18), cuando ves la jactancia de otros, pero fracasas al aplicarlo a tu vida. Aún reconoces el orgullo como un ingrediente especial en la caída de Saúl, pero piensas que no es tan peligroso para ti.

El orgullo levanta su fea cara en muchas formas. Tú te ofendes y te hieres cuando la gente no te nota ni te agradece por las grandes cosas que has hecho. No te das cuenta, por lo tanto, que el orgullo te hace pensar que eres tan importante, que el mundo debiera prestarte atención. ¿Te molesta cuando estás siendo criticado, imaginando que tú no eres un mortal ordinario que comete errores y que tiene malos hábitos? (Si no fuera por tu arrogancia, agradecerías por tal oportunidad de mejorarte). Tiendes a exagerar, sólo un poquito, para hacerte ver bien, y te gusta alardear de tu éxito. Criticas a otros por las mismas cosas que tú pasas por alto en ti mismo. (Tú te sientes tan seguro de que el malentendido o el accidente fue culpa de la otra persona y ni siquiera te molesta en evaluar tus palabras y acciones), admítelo. Tú estás atrapado en el orgullo. Pero hay una salida. En su carta a los Romanos, Pablo, con la inspiración del Espíritu Santo, escribió: “Por la gracia que se me ha dado, les digo a todos ustedes: Nadie tenga un concepto de sí más alto que el que debe tener, sino más bien piense de sí mismo con moderación, según la medida de fe que Dios le haya dado.” (Romanos 12:3). La fe en Dios le da sentido a este asunto del concepto de sí mismo. Si tu fe está en Dios, no en ti mismo, tus razones de orgullo y egocentrismo desaparecen. Te das cuenta que todo lo que tú tienes viene de Dios, así que no puedes tomar ningún crédito. Cuando vivas por fe no tendrás razón de alardear para cubrir sentimientos de ineptitud, porque los recursos ilimitados de Dios son tuyos para hacerte lo que Él quiere que seas.

¿Cómo puedes tener tal fe? De acuerdo a la Biblia: “Así que la fe viene como resultado de oír el mensaje, y el mensaje que se oye es la palabra de Cristo”. (Romanos 10.17). Tú obtendrás fe al estudiar bien la Palabra de Dios. Léela, estúdiala, memorízala, medita en ella. Hazla el centro de tus pensamientos. Después de todo, no puedes creer la verdad hasta que la conoces. Entre más conoces la verdad de Dios, tu vida será mejor.

El orgullo es el obstáculo número uno de tu crecimiento espiritual. El orgullo entra en tu vida como un ladrón silencioso quitando amor, paz, paciencia, persistencia,

compasión, fidelidad y dominio propio; dejando en su lugar cosas como sentimientos heridos, jactancia, malas acciones para defenderte sin importar cuales sean los hechos y la crítica. La fe en Dios y la obediencia a Su Palabra puede derrotar el orgullo. Sólo caminando humildemente cerca de Dios, evitarás ser un Saúl que empieza bien y termina en desastre.

“El Señor aborrece a los arrogantes. Una cosa es segura: no quedarán impunes”. (Proverbios 16:5).

“Con el orgullo viene el oprobio; con la humildad, la sabiduría”. (Proverbios 11:2).

“Exalto y glorifico al Rey del cielo, porque siempre procede con rectitud y justicia, y es capaz de humillar a los soberbios”. (Daniel 4: 37).

1. ¿Qué le pasa a la gente orgullosa?
2. ¿Cómo puedes deshacerte del orgullo?
3. ¿Qué tipo de orgullo en tu vida te está mostrando Dios?
4. ¿Estás dispuesto a humillarte, estudiar la Palabra de Dios, y recibir fe de Dios para cada uno de esos problemas de orgullo?

EL ENDURECIMIENTO DEL CORAZÓN ES PELIGROSO, DE HECHO, ES MORTAL

“Cuando Samuel llegó, Saúl le dijo: -¡Que el Señor te bendiga! He cumplido las instrucciones del Señor. ...Entonces Samuel le dijo: -¿No es cierto que, aunque te creías poca cosa, has llegado a ser jefe de las tribus de Israel? ¿No fue el Señor quien te ungió como rey de Israel, y te envió a cumplir una misión? Él te dijo: “Ve y destruye a esos pecadores, los amalecitas. Atácalos hasta acabar con ellos.” ¿Por qué, entonces, no obedeciste al Señor? ¿Por qué echaste mano del botín e hiciste lo que ofende al Señor? - ¡Yo sí he obedecido al Señor!- insistió Saúl.- He cumplido la misión que él me encomendó. Traje prisionero a Agag, rey de Amalec, pero destruí a los amalecitas. Y del botín, los soldados tomaron ovejas y vacas con el propósito de ofrecerlas en Guilgal al Señor tu Dios. Samuel respondió: “¿Qué le agrada más al Señor: que se le ofrezcan holocaustos y sacrificios, o que se obedezca lo que él dice? El obedecer vale más que el sacrificio, y el prestar atención, más que la grasa de carneros. La rebeldía es tan grave como la adivinación, y la arrogancia, como el pecado de la idolatría. Y como tú has rechazado la palabra del Señor, él te ha rechazado como rey.” (1º Samuel 15: 13, 17-23).

De seguro tú lo has visto suceder. Primero, Cristina cristiana sale con Armando agnóstico, y ella aún se siente un poco culpable por haber aceptado la cita. Después de un par de meses, está saliendo con él, pero sigue dudando si está haciendo lo correcto. Después de algunas semanas, ella está pensando como lo hace él y haciendo cosas que ni siquiera se imaginó. Al paso del tiempo, se defiende a sí misma apasionadamente cuando se le pregunta por sus acciones, y aún intenta arreglar que sus amigas cristianas salgan con los amigos de Armando. A este proceso se le llama endurecimiento del corazón. Al seguir ignorando la voz de Dios, la persona empieza a desobedecer al Señor más y más, convirtiéndose casi inmune a las llamadas de atención del Espíritu Santo, y no siente convicción de pecado. El endurecimiento del corazón es peligroso. De hecho, es mortal. La vida de Saúl es una ilustración de esta verdad.

Saúl tuvo un comienzo increíble. Él dirigió a Israel dependiendo del consejo de Dios. El corazón de Saúl, sin embargo, se enfrió al ser negligente en estudiar la ley de Dios y hacerla parte de su vida. Él perdió su confianza en Dios. Quedó demasiado impresionado por su autoridad real, y muy preocupado por tomar el mando, que sucumbió por la presión del momento e ignoró uno de los mandamientos de Dios, que sólo un sacerdote, podía ofrecer un sacrificio especial. Después, él dio la orden apresurada de que los soldados no debían comer nada durante la batalla, y como necio se negó a admitir que estuvo mal. Nunca se arrepintió. Por lo que su corazón se hizo más duro, alisando el camino para una premeditada y voluntaria desobediencia.

Después Dios le dio un trabajo a Saúl, el cual incluía instrucciones específicas: Ataca a los amalecitas y después destrúyelos completamente, incluyendo sus posesiones. (Algunos grupos de personas eran tan corruptas que Dios tenía que destruirlos por el bien de la raza humana.) Pero Saúl desobedeció *a propósito* la orden de Dios y después hizo excusas piadosas para cubrir su desobediencia. Dios le dijo a Saúl que su rebelión era tan mala como la adivinación, ¡y eso es muy malo!

El pecado siempre daña a otros, y el resultado del pecado de Saúl es que casi desaparece el pueblo de Dios unos cientos de años después. En el capítulo 12 de Ester encontrarás a Amán, un descendiente de los amalecitas que no fue destruido, y casi tuvo éxito en exterminar a la nación judía, todo porque Saúl había endurecido su corazón en contra de Dios.

¿Cuál sería la peor cosa que podría pasarte? ¿Perder a toda tu familia? ¿Fracasar en tu carrera? ¿Ser rechazado por todos tus amigos? No. Lo peor que te podría pasar, es endurecer tu corazón en contra de Dios, ser insensible de tal forma, que tu conciencia no registre más la culpa. Eso arruinaría tu vida.

Date a ti mismo una revisión espiritual de corazón, usando el siguiente cardiograma cristiano. Si contestas “sí” a cualquiera de las preguntas, ponte a cuentas con Dios al respecto, antes de que tu corazón se ponga más duro.

UN CARDIOGRAMA CRISTIANO

1. ¿Tienes una meta que estás determinado a alcanzar, sin importar cual sea la voluntad de Dios?
2. ¿Hay algún versículo que no quieras leer porque te hace sentir culpable, o porque no estás seguro que lo quieres obedecer?
3. ¿Valoras la opinión de alguna persona más que la opinión de Dios?
4. ¿Eres negligente en leer la Biblia y orar porque hay otras cosas más importantes para ti?
5. ¿Has permanecido por mucho tiempo en algún pecado que ya no te sientes culpable al hacerlo?

“Así que les digo esto y les insisto en el Señor: no vivan más con pensamientos frívolos como los paganos. A causa de la ignorancia que los domina y por la dureza de su corazón, éstos tienen oscurecido el entendimiento y están alejados de la vida que proviene de Dios. Han perdido toda vergüenza, se han entregado a la inmoralidad, y no se sacian de cometer toda clase de actos indecentes. No fue ésta la enseñanza que ustedes recibieron acerca de Cristo, si de veras se les habló y enseñó de Jesús según la verdad que está en él. Con respecto a la vida que antes llevaban, se les enseñó que debían quitarse el ropaje de la vieja naturaleza, la cual está corrompida por los deseos engañosos; ser renovados en la actitud de su mente; y ponerse el ropaje de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad.” (Efesios 4: 17-24).

1. Haz una lista de todas las cosas que producen un corazón duro o los síntomas de un corazón duro.
2. ¿Qué debes hacer con la vida que llevaste antes de conocer a Cristo?
3. ¿Qué cosas te pueden evitar ser “renovado en el espíritu de tu mente”?
4. Pídele a Dios por un corazón blando y haz todo lo necesario por obtenerlo.

JUGANDO CON VENENO

“Ahora bien, cuando el ejército regresó, después de haber matado David al filisteo, de todos los pueblos de Israel salían mujeres a recibir al rey Saúl. Al son de liras y panderetas, cantaban y bailaban, y exclamaban con gran regocijo: Saúl destruyó a un ejército, ¡pero David aniquiló a diez! Disgustado por lo que decían, Saúl se enfureció y protestó: A David le dan crédito por diez ejércitos, pero a mí por uno solo. ¡Lo único que falta es que le den el reino! Y a partir de esa ocasión, Saúl empezó a mirar a David con recelo. Al día siguiente, el espíritu maligno de parte de Dios se apoderó de Saúl, quien cayó en trance en su propio palacio. Andaba con una lanza en la mano y, mientras David tocaba el arpa, como era su costumbre, Saúl se la arrojó, pensando: ¡A éste lo clavo en la pared!» Dos veces lo intentó, pero David logró esquivar la lanza.” (1º Samuel 18: 6-11).

La gente de Israel se regocijó cuando ellos oyeron que David mató a Goliat, porque fueron liberados de sus enemigos, los filisteos. ¡Era un gran día! Las mujeres vinieron al encuentro de los soldados cantando y danzando. Deseando honrar a David por ganar esta gran victoria, algunas mujeres compusieron una canción: “Saúl destruyó a un ejército y David aniquiló a diez”. Saúl odiaba la letra. En lugar de estar agradecido porque David había salvado a su reino por él, se puso muy celoso. Su única meta era matar a David.

Los celos son increíblemente peligrosos. Son veneno. Los celos lo controlaron y lograron destruir la vida de Saúl. Primero, los celos le inspiraron un plan de muerte. En lugar de respetar la valentía y lealtad de David, lo quería matar. Eventualmente, los celos destruyeron la razón y las emociones de Saúl. Él había sido un hombre normal hasta que fue consumido por los celos. Desde la secuencia de los eventos, parece que los celos insalubres de Saúl, le provocaron enfermedad mental. Después de eso, Saúl sufrió grandemente. Su vida giraba en el deseo de matar a David, el objeto de sus celos. Él movilizaría a un ejército completo para perseguir a David en las montañas de Judea. No había paz para Saúl.

Los celos son una de las más efectivas armas en el arsenal del diablo. Si te quiere sacar de balance, solo un poco de celos hará mucho. Él trata de insertar envidia en tu mente en muchas situaciones; si a tu amigo le va bien en la escuela y a ti no; si otros tienen cosas que tú desearías tener. Dios considera que los celos son tan terribles que Él puso los diez mandamientos: “No codicies la casa de tu prójimo: No codicies su esposa, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey ni su burro, ni nada que le pertenezca”. (Éxodo 20:17).

Tú puedes personalizar ese mandamiento en algo parecido a esto: “Es malo para mí tener celos de la sonrisa de Vicky, de su novio, de su ropa, o de sus buenas calificaciones;” o “no es correcto que yo esté celoso del carro de Eduardo, de su personalidad encantadora, buen sentido del humor, su cuerpo atlético, o su habilidad como líder.” En otras palabras, los celos violan uno de los mandamientos de Dios.

Cuando el diablo trate de decirte que los celos están bien porque es algo natural, no escuches. El pecado puede parecer natural, pero no está bien. Jesucristo es sobrenatural, así que la nueva vida que le da a un cristiano es sobrenatural. Jesús murió para vencer el poder de todo pecado, incluyendo los celos. A través del Espíritu Santo, Él

te da poder para rechazar los celos. Tú puedes, por lo tanto, agradecerle por todo lo que tú eres y tienes. Aún más allá de eso, puedes agradecer a Dios por lo que Él hará por ti.

Dios es dueño de todo y les da a sus hijos todo lo que necesitan, por eso, es tonto codiciar y tener celos. En lugar de envenenarte a ti mismo con los celos, tú puedes pedirle simplemente a Dios por lo que necesitas. Él puede transformar tu personalidad y hacerte atractivo para los demás (si cooperas con Él), ¿Entonces por qué estás celoso de otros?

Los celos que generan actitudes pueden llegar a ser más sutiles que los celos por posesiones y estatus. Por ejemplo, tú puedes ser una presa fácil de los celos si tu hermanito menor es consentido por tu mamá y recibe más atención que tú; o si eres tan tímido que los maestros y compañeros te ignoran; o si piensas que los miembros del otro sexo no te notan porque no eres bien parecido. Es muy fácil pensar que no eres importante para nadie y cuando piensas en eso, el veneno de los celos empieza a invadir tu vida.

Tú no tomarías veneno, aún si viniera en una botella bonita y se viera inofensiva, así que ¿por qué tomar el veneno de los celos? Es pecado. Arruinará tu vida. Por lo tanto, no puedes arriesgarte permitiéndote aún los más mínimos celos en tu vida. Jesús tiene el poder para liberarte, pero el primer paso es darte cuenta verdaderamente de qué tan malos son los celos. Saúl se tragó los celos en grandes bocanadas, y lo destruyeron. Si no te detienes con el veneno de los celos, tú también serás una víctima.

“Las obras de la naturaleza pecaminosa se conocen bien: inmoralidad sexual, impureza y libertinaje; idolatría y brujería; odio, discordia, celos, arrebatos de ira, rivalidades, disensiones, sectarismos y envidia; borracheras, orgías, y otras cosas parecidas. Les advierto ahora, como antes lo hice, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio. No hay ley que condene estas cosas”. (Gálatas 5: 19-23).

1. Considerando el tipo de pecados en esta lista ¿qué tan mal son los celos?
2. ¿Qué pecados pueden surgir a partir de los celos?
3. Si dejas a un lado el viejo hombre y permites al Espíritu Santo que tome el control, ¿qué características se desarrollarán automáticamente en ti?
4. ¿Por qué no puede el Espíritu Santo controlar tu vida, si tú, aún por un minuto, justificas pecados, como los celos, el odio o la inmoralidad en tu vida? Si estás cultivando algo de celos, disponte a hacer cualquier cosa para erradicarlos.